

## CONSIDERACIONES GENERALES.

### § 1.—Elementos del Oriente.

#### N.º 1.—Carácter de la civilización oriental.

Las tradiciones históricas más antiguas se refieren al Oriente. Todavía estaba la Europa en plena barbarie, cuando ya en Asia y en Egipto florecían monarquías poderosas. Un escritor célebre (1) dice: que « todos los grandes movimientos impresos á la especie humana han partido del Oriente, ó han ido á perderse en él. » Las palabras de *Chateaubriand* encierran una verdad profunda. Las tres religiones que hoy dominan la tierra, el buddhismo, el cristianismo y el mahometismo han nacido en el Asia, lo cual quiere decir que allí está el punto de partida de nuestra vida intelectual y moral.

¿Qué civilización es aquélla? ¿Cómo fué trasmitida á los pueblos, de quienes la hemos heredado trasformada por su trabajo propio? Nuestro siglo, que manifiesta tanta curiosidad por conocer el origen de las cosas, y por seguir su progresivo desarrollo, se ha preocupado vivamente con la historia del Oriente; la recompensa de estos esfuerzos ha sido el descubrimiento de una literatura más vasta que los monumentos de Grecia y de Roma. Los libros sagrados de la India, sus poetas y sus filósofos, revelados al mundo por los sabios ingleses, tienen toda la importancia de una revolución intelectual; ¿será ésta tan fecunda como en el primer

(1) CHATEAUBRIAND; *Los Mártires*, lib. XI.

ciones la ley de la perfectibilidad? El progreso es evidente en el buddhismo, que en un país, cuya constitucion social se funda en las castas (1), ha sabido inspirarse en el dogma de la igualdad. Nuestros conocimientos son demasiado limitados para determinar el sentido y significacion de cada secta; pero la existencia de éstas prueba ya que el Oriente está sometido á la ley general de la humanidad, que es el movimiento. Decíase que el antiguo Egipto era tan inmóvil como sus momias. Las momias no varían; pero todo lo que tiene vida varía incesantemente.

Lo mismo en Egipto que en la India se han modificado la lengua, las artes y la religion. ¿Quién lo habia de creer? Hubo un Faraon revolucionario que quiso reemplazar las innumerables divinidades de los Egipcios por un Dios único, el sol (2). La pretendida inmovilidad del Oriente no es más que una preocupacion histórica.

N.º 2.—*Elementos de la civilizacion oriental.*

*Las Teocracias.—Los Estados despóticos.—Los Estados comerciantes.*

La religion es el fundamento de toda civilizacion: esto es una gran verdad, principalmente en Oriente. Entre los Arios de la Persia y de la India, entre los Egipcios y entre los Hebreos, los libros sagrados ó las creencias religiosas son el principio de la vida civil y política: la legislacion se confunde con la moral; la literatura y la filosofia buscan su inspiracion en los dogmas, y las ar-

hasta nueve subdivisiones. Otros cuentan entre todas 106 sectas (REMUSAT; *Misceláneas póstumas*, p. 144).

(1) El movimiento de reforma no se ha detenido en la India. Conocida es la tentativa filosófica del célebre Rammohun-Roy, que trató de conciliar los dogmas del Oriente con el cristianismo (*Revista Británica*, Oct., 1833).

El obispo inglés Heber nos enseña, que un reformador (*Swabi Narain*) predicaba un Dios y una moral más pura que la del brahmanismo; enseñaba la fraternidad y la abolicion de las castas. Habia reunido gran número de discipulos: en Guzarate se contaban 50.000 (HEBER; *Narraciones*, t. III, páginas 29, 34 y 43).

(2) LEPSIUS; *Ueber den ersten ägyptischen Goetterkreis* (en las *Memorias de la Academia de Berlin*, 1851, p. 196, s.).

tes representan el culto. ¿Pero tiene la teocracia en todas partes el mismo carácter? Durante mucho tiempo hemos ocultado entre vagas generalidades nuestra ignorancia sobre este particular (1).

Los descubrimientos del heróico *Anquetil Duperron* y los profundos trabajos de *Burnouf* han revelado en Oriente un mundo nuevo. La doctrina de *Zoroastro* y el *brahmanismo* reconocen un mismo origen; pero hay diferencias esenciales que distinguen estas dos religiones rivales. El *brahmanismo* es el que más se separa de nosotros, y parece tener pocas analogías con el genio del Occidente; bajo su imperio cayó el hombre en la esclavitud del universo físico; ha llegado por medio del panteísmo á la inactividad, á la confusión y á la nada. El *mazdeísmo* reivindica la soberanía de la naturaleza, abrogándose el derecho de disciplinarla, y evita el escollo del panteísmo manteniendo la personalidad del hombre frente á frente de Dios; de este modo prepara el triunfo de la libertad (2).

Esta primera distincion dentro de lo que se llama el Oriente teocrático no basta todavía para llegar á la realidad de las cosas y salir de la vaguedad de las generalidades. La India es el verdadero tipo de la teocracia; su constitucion social es la más absoluta desigualdad; las castas reciben la sancion religiosa y se hacen inmutables. A medida que se acerca hácia el Occidente, el régimen sacerdotal pierde su carácter divino. Las castas existen entre los *Egipcios*, pero se asemejan ya á una organizacion sistemática, á una distribucion de funciones.

El mosaísmo procede á la vez del Asia y del Egipto, pero la teocracia entre los Hebreos sufre una modificación definitiva; la casta desaparece; todos los hijos de Israel reciben la iniciacion en la doctrina de la vida. Así el Oriente empieza en la casta y y acaba en la igualdad religiosa. Al llegar á este punto se acerca ya á

(1) «Hoy nos parece todo idéntico, pero es porque no conocemos nada.» BURNOUF, *Diario de los sabios*, 1837, p. 166.

(2) La diferencia entre las dos religiones resplandece en la concepcion del destino del alma. El brahmanismo, en cualquiera de sus épocas que se estudie, conduce á la *trasmigracion* y á la absorcion en Dios. El mazdeísmo, en sus más antiguos monumentos enseña la *resurreccion* (BURNOUF, *Diario Asiático*, Julio de 1840, p. 7).

Grecia y á Roma, las cuales tambien admiten la igualdad, aunque sólo sea dentro de los límites de la ciudad. Bajo el punto de vista del dogma, el Egipto y la Judea sirven de transición entre los dos mundos. La transición exterior tiene lugar por medio de los Estados despóticos, de las grandes monarquías que aparecieron en el Asia occidental.

El despotismo del Asia ha metido más ruido aún que sus teocracias. No ocultaremos lo que envilece á la especie humana. En vano ha buscado la monarquía en Europa la manera de relacionarse con Dios; estas pretensiones han sido contrariadas primeramente por la aristocracia y más adelante por el pueblo. El Oriente es la tierra natural de la fuerza, armada con el derecho divino.

Las *Leyes de Manú* representan á los reyes como dioses (1).

La confusión de la monarquía y de la divinidad se observa tambien entre los Egipcios (2). De aquí se trasmitió á los Estados despóticos. En los monumentos de Nínive se ven los reyes revestidos con los caracteres sagrados (3). Los monarcas persas se hacían llamar *Señor y Dios* (4). Diríase que el Oriente, no pudiendo huir de la ley del más fuerte, ha querido santificarla, identificando la fuerza con Dios. Pero los hombres no pueden sostener la Omnipotencia; el despotismo, considerado como divino, es el

(1) *Leyes de Manú*, VII, 8, 5: «No debe despreciarse á un monarca, ni aún en la infancia, diciendo: es un simple mortal; porque bajo esta forma humana reside en él una gran divinidad.... Por haber sido formado el rey de partículas sacadas de los principales dioses, es por lo que supera en esplendor á los demas mortales.»

(2) «La asimilación del rey y del Dios, dice M. Ampère, es un rasgo característico de la religión y de la sociedad egipcias. Se ve en el fondo del santuario á Ramsés sentado, haciendo el cuarto, con los dioses *Phá*, *Ammon* y *Phré*. Sobre los muros del templo se lee igualmente el nombre de Ramsés al lado de la figura que ofrece y al de la que recibe el homenaje religioso; por una extraña apoteosis el Faraon es á la vez el sacerdote y el objeto del culto. Los mismos simbolos jeroglíficos designan la divinidad y la dignidad real.» (AMPERE, *Viaje é investigaciones en Egipto y Nubia. Revista de Ambos Mundos*, 1849, t. I, p. 95, 105).—Compárese ROSELLINI, *I Monumenti storici dell'Egitto*, t. III, p. 80-84.

(3) LAYARD, *Nineveh and its Remains*, t. II, p. 267.

(4) ARISTOT., *de Mundo*, c. 6.—Un sátrapa persa decía á Temístocles: «Vosotros estimáis más que todo la libertad y la igualdad. Entre tantas bellas leyes como tenemos, la más bella, á nuestros ojos, es la que nos ordena honrar al rey y adorar en él la imagen del Dios que conserva todas las cosas» (PLUTARCO., *Temístocles*, c. XXVII).

origen del poder monstruoso que los Orientales han reconocido siempre en sus amos sobre sus personas y haciendas. La célebre pintura de la monarquía hecha por Samuel á los Hebreos, cuando estos pedían rey, no es una sátira; es la expresión fiel del estado social del Oriente (1).

Los Hebreos, sin embargo, no se asustaron por la pintura de los males que les esperaban; prefirieron el gobierno militar al régimen teocrático. ¿No es un signo de progreso en una sociedad el pasar de la teocracia al despotismo?

El poder del sacerdocio es más ilimitado aún que el de la monarquía, pues que llega á dominar á ésta. En la India la condición de las castas inferiores es más vil que la de los vencidos y de los esclavos en la monarquía persa; bajo el despotismo de uno solo hay igualdad para todos, al paso que en las teocracias la desigualdad es radical, perpétua. El hecho solamente de la disolución de las castas constituye un progreso inmenso. Un historiador griego hace asombrado la observación de que los egipcios pertenecientes á las castas inferiores no tenían participación alguna en los negocios públicos (2). Y es que en el régimen sacerdotal no hay vida pública, no hay Estado todavía: en el seno de una misma sociedad viven pueblos diferentes; no los separan los ríos ni las monta-

(1) I, *Samuel*, VIII, 11-17: «Hé aquí cómo os tratará el rey que reine sobre vosotros: Tomará vuestros hijos y los pondrá sobre sus carros, y entre su gente de á caballo, y correrán delante de su carro. Los tomará para hacerlos gobernadores de mil y gobernadores de cincuenta, para labrar sus campos, para segar sus mieses y para fabricar sus armas de guerra y todo el atalaje de sus carros. Tomará tambien vuestras hijas, para hacerlas perfumadoras, cocineras y panaderas. Tomará tambien vuestros campos, vuestras viñas y vuestros buenos olivares, y los dará á sus servidores. Cobrará diezmo sobre lo que hayais sembrado y vendimiado y se lo dará á sus oficiales y servidores. Tomará vuestros criados y vuestras criadas, y lo mejor de vuestra juventud, y vuestros asnos, y los empleará en sus trabajos. Cobrará diezmo sobre vuestros rebaños y sércis sus esclavos» (Trad. de Osterwald).

Tal es aún hoy la ley del Oriente. Los Persas, dice *Chardin*, creen que los reyes son naturalmente violentos é injustos; una de sus maneras de hablar es decir: *echársela de rey*, para significar *oprimir á alguno, faltar á la justicia*. Aún delante de los magistrados, cuando tienen que quejarse de un ultraje excesivo, exclaman: *se la echa de rey conmigo* (*Viaje á Persia*, t. IX, p. 167, ed. Leconte).

(2) DIODORO, I, 74.

ñas, sino la fe: la religion, que debería ser un lazo entre los hombres, se convierte en la barrera más insuperable.

Bajo el régimen despótico, el rey es el representante de la divinidad; ante su poder todos los demas son iguales: él solo constituye el Estado; hay, pues, un Estado, bajo una forma grosera ciertamente, un puro bosquejo; pero bajo la brutal organizacion de la conquista vemos aparecer por primera vez la igualdad, santa ley del porvenir; crecerá en su marcha hácia Occidente, transformará los esclavos en ciudadanos, y llegará un dia en que todos los hombres serán iguales.

¿Hay tambien progreso en el derecho de guerra de los Estados despóticos y en el sistema de sus relaciones internacionales? Las ruinas de las ciudades más magníficas que los hombres han construido, la matanza de poblaciones enteras y los horrores del serrallo, revelan la crueldad de los terribles Nómadas que fundaron las monarquías del Oriente. Pero, por otra parte, la humanidad y la tranquilidad de las teocracias son solamente aparentes: no les repugnan los suplicios ni los sacrificios sangrientos. El espíritu guerrero es más favorable á la comunicacion entre los pueblos que el génio teocrático. No puede negarse que el sacerdocio tienda á aislar á las naciones; la India, el Egipto y la Judea hubieran sido mundos aparte si no hubieran existido en ellos más elementos que el sacerdotal. La afición á las aventuras, que se convierte pronto en ambicion de conquistas, empuja á las razas guerreras fuera de los límites de su patria. La guerra aproxima por la fuerza los pueblos, miéntras llega el momento de que los una la fraternidad.

La teocracia y el despotismo no son los únicos elementos del Oriente. La cuna del género humano contenia todos los gérmenes del desarrollo futuro de la humanidad. El Oriente, sumido aparentemente en la inaccion y en la inmovilidad, ha inaugurado el comercio, símbolo de la actividad y de la inteligencia. Las ciudades fenicias han servido de intermedio entre los pueblos del Asia y el Occidente: su hija *Cartago* extendió sus relaciones por todo el mundo.

## § II.—Relaciones entre el Oriente y el Occidente.

### N.º 1.—Hipótesis de un pueblo primitivo.

El Oriente contiene tres elementos: la teocracia, el despotismo y el comercio; bajo estas tres fases se liga al Occidente. Pero ¿cuál es la relacion de filiacion ó de parentesco entre los dos mundos? No hay investigaciones más difíciles que las de la generacion y comunicacion de las ideas. Nos conducen á los orígenes de las sociedades, y los orígenes de las cosas son impenetrables. De aquí la gran diversidad de opiniones acerca de este importante problema: las revoluciones en la ciencia son casi más rápidas que las del mundo político. Sin embargo, en medio de la contrariedad de los sistemas, persiste una conviccion á la que la humanidad se apegas, por decirlo así, instintivamente, y es la de que el Oriente es la cuna de la civilizacion. La antigüedad habia ya participado de esta creencia, si bien se oponia á las pretensiones de los pueblos de ser autóctonos. Los griegos, los más vanos de los hombres, se obstinaban en buscar la fuente de su religion, de sus artes y de su filosofía en las naciones que trataban de bárbaras; creian que los egipcios y fenicios les habian traido los primeros gérmenes de la cultura intelectual. Cuando á la decadencia de la antigüedad los últimos pensadores del paganismo quisieron conciliar los dogmas religiosos y las doctrinas filosóficas, celebraron la sabiduría oriental como la fuente sagrada de toda creencia y de toda ciencia. La humanidad presentia que el Oriente, de donde nos viene la vivificadora luz del sol, habia de darle una nueva vida moral.

El cristianismo, que llegó á ser la ley del mundo occidental, dió una autoridad religiosa á la tradicion que colocaba en el Asia el punto de partida de la especie humana y de la civilizacion. Los libros sagrados de los Hebreos, respetados por la Europa cristiana como los anales auténticos del género humano, le enseñaban que los primeros hombres habian vivido en una comarca bendita